

El sexo de la historia

Isabel Morant 1

¿Por qué no añadir un suplemento a La historia, bautizándola, por supuesto, con un nombre poco llamativo de modo que Las mujeres puedan figurar en ella decorosamente?

Virginia WOOLF

Una habitación propia

Un título como éste probablemente despierte mejor que otros la curiosidad de los lectores. A los historiadores nos están permitidas ahora ciertas licencias literarias si éstas acompañan a algunos temas novedosos que pretenden ser atractivos. No es ésta mi intención ni son éstas las razones de poner un título semejante a unas páginas que pretenden ser un recorrido por la Historia de las Mujeres, un relato particular y vivido sobre los orígenes de una práctica peculiar de hacer historia que se ha consolidado en los últimos veinte años.

«El sexo de la Historia» quiere partir de una paradoja. Aquella que se pone de manifiesto cuando ponemos en relación dos hechos. El primero, el que las mujeres, en todos los tiempos, han sido consideradas como «el sexo», pensado como perteneciente a ellas en mayor medida que la masculinidad lo ha sido para los hombres. La historia, la filosofía, la literatura, el saber de todos los tiempos las ha

1 En reconocimiento a mis amigas del feminismo de los años setenta, porque fue juntas que comenzamos a pensar las cosas de las que aquí se trata.

tratado profusamente y las ha presentado marcadas, esculpidas por su sexo con unas improntas tan propias e indelebles que hablar de ellas era hacerlo de lo que pertenece al sexo. En contrapartida, y aquí está la paradoja, este sexo tan «patente», tan considerado, del que tanto se había escrito, del que todo el mundo sabe algo, ha tenido una muy pobre historia o no ha tenido ninguna. Pensar el sexo no ha sido una necesidad para la historiografía actual, a pesar de que el sexo ha sido tantas y tantas veces nombrado y usado. Las diferencias sexuales se presentan a los ojos de las ciencias como hechos naturales sobre los cuales éstas imaginan mal la historia. Como ha indicado Genevieve Fraisse, la filosofía actual no ha realizado la tarea de conceptualizar la diferencia de los sexos y ésta no tiene ni siquiera «filosofema» 2.

La pregunta que aún hoy se hacen nuestros investigadores es si realmente se puede hacer historia a partir de pensar las diferencias sexuales y, si se hace, como parece que ha sucedido, qué tienen ellos que ver con esta historiografía que ha activado el sexo para la historia. En 1949, Simone de Beauvoir había escrito un libro de temática novedosa sobre la cuestión de los sexos. Se trataba de pensar el origen histórico y las referencias culturales que, según ella, habían estado en la base de la identidad diferencial femenina. Se trataba de pensar cómo se había construido para las mujeres lo que De Beauvoir consideraba, desde la filosofía existencialista, «un segundo sexo», dependiente de aquel otro trascendente que era el de varón. Es sabido que el proyecto de Beauvoir venía a romper un silencio, a generar dudas sobre la «naturalidad» de las cosas de los sexos. El libro, en términos generales, fue muy mal acogido en Francia, tal como ella contó, años más tarde, en sus memorias. Casi nadie parecía entender por qué había escrito aquella obra, por qué había removido las aguas tranquilas de la identidad femenina. La intelectualidad conservadora no se lo perdonó nunca y la trató con la grosería que merecen las mujeres que no hacen honor a su sexo. Por supuesto que no leyeron el libro. Muchos fueron los que resolvieron entonces que todo se debía a un «malestar» particular de la escritora, que, como era sabido, no se decidía a vivir el matrimonio y la maternidad como era habitual en las demás mujeres. Ella conocía estos comentarios y no se sorpren-

2 FRAISSE. Genevieve, «La différence des sexes, une différence historique», en *Actes du colloque «L'Exercice du savoir de la dijJéréfle des sexes»*, París, 1991.

día porque venían del lado conservador. Aunque, según confiesa, no esperaba reacciones tan violentas ³. Más desconcertada la dejaba el hecho que desde la vertiente progresista se comprendiese mal su proyecto intelectual de abordar críticamente una evidencia: la de que la mujer ha estado sometida a lo largo de los tiempos y la de que ha llevado adelante funciones específicas adjudicadas a su sexo, manteniendo con el otro sexo relaciones de sometimiento y de dependencia ⁴. Pasado el escándalo, el libro fue olvidado y las mujeres parecían vivir tranquilas con su sexo o, al menos, nada se decía en voz alta. La ilusión parecía, por entonces, bien fundada. Estas son las mismas palabras que actualmente utiliza Pierre Bourdieu, para quien la «di-visión» del mundo basada en referencias a «las diferencias biológicas, y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción, actúa como la mejor fundada de las ilusiones colectivas» ⁵. Ilusión colectiva que, sin embargo, ha dejado un rastro de acción bien visible, que permite decir a Godelier que

no es la sexualidad la que obsesiona a la sociedad, sino la sociedad la que obsesiona a la sexualidad del cuerpo. Las diferencias relativas al sexo entre los cuerpos son evocadas continuamente como testimonios de relaciones y fenómenos sociales que nada tienen que ver con la sexualidad. Y no sólo como testimonio de, sino también como testimonio para; en otras palabras, como legitimación ⁶.

Volviendo a Simone de Beauvoir, podemos recordar que había sacado a la luz un problema político, el de la situación social de las mu-

³ No podemos saber si también se hubiera sorprendido de los recientes comentarios de Levi-Strauss. En un libro de entrevistas, que puede considerarse como una memoria intelectual del antropólogo, al referirse éste al conocimiento que tuvo de S. de Beauvoir, afirma que la conoció escasamente, pero que recuerda que habiéndola invitado un día a comer en su casa y mostrándole a su hijo recién nacido, ella no manifestó ninguna especial satisfacción ante la criatura, sino más bien cierta indiferencia. La referencia proviene del libro de LEVI-STRAUSS, Claude, y de EmBoN, Didier, *De près et de loin*, París, 1988.

⁴ BEAUVOIR, Simone de, *La plenitud de la vida*, Barcelona, 1961. La versión original francesa es de 1960 (*La force de l'âge*, París).

⁵ Citado por SCOTT, Joan W., «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en AMELANG, J., y NAS, M., *Historia y género*, Valencia, 1990, p. 48.

⁶ La cita proviene de la misma fuente que la utilizada en la nota 4. Como se deduce de las citaciones, generadas a partir de distintas ramas de las ciencias sociales, la ilusión comienza ahora a perder su fundamento, el sexo, y las diferencias parecen ser culturales e históricas y pueden, por tanto, ser analizadas por y para la historia.

jeros. Un asunto que, aunque afectaba a las mujeres, debía de ser pensado por hombres y mujeres igualmente, en el marco de una teoría progresista, en la medida en que era una cuestión social que debía resolverse a partir de las prácticas políticas en las que estaban comprometidos ella y sus amigos de la izquierda. Pero a finales de los años sesenta, cuando la cuestión de las mujeres se vuelva a poner sobre el tapete, las cosas acabaron sucediendo de un modo distinto al que ella había planteado. Ni la política ni la teoría de la izquierda parecían poder resolver aquellos problemas. La cuestión femenina seguía siendo una cuestión extraña y los intentos por resolver en común los problemas teóricos y prácticos acabaron en fracaso. El resultado del desencuentro sería el de que las mujeres comenzasen a alejarse de las formaciones políticas al uso y a pensar por su cuenta. Las mujeres empezaron a actuar como colectivo política e intelectualmente independiente de los hombres y establecieron una relación nueva entre experiencia existencial, empeño político y reflexión intelectual. La «diferencia sexual», que fundamentaba la solidaridad política del grupo, desembocaría así en la producción de nuevos objetos de estudio a partir de los cuales se podría producir respuestas sobre las formas de marginación ahora desveladas. Las mujeres implicadas juzgaban interesante entonces el separatismo teórico y político, lo creían necesario para pensar con libertad por fuera de las coacciones y de las rigideces que consideraban manifiestas en las ciencias sociales. Esta actitud las aislaba ciertamente de los debates intelectuales y políticos habituales, pero les ahorra también el esfuerzo de combatir la resistencia que se deba en estos círculos y que crecía significativamente a medida que el feminismo levantaba su voz. La situación creada era una mezcla de perplejidad, de inocencia teórica y de falta de instituciones que debían aún de desarrollarse.

En la dinámica impulsada por este proceso, la historiografía quedó interpelada, desde fuera, por las mujeres feministas y, desde dentro, por las feministas historiadoras. La marginación que denunciaban se reproducía en los textos de historia. Allí no estaban las mujeres, casi ninguna de las que en el pasado había tenido el sexo de la marginación había dejado su huella en los libros de historia. Las mujeres no tenían ni siquiera el relato de esa marginación en sus orígenes. El colectivo de mujeres demandaba una historia y, al decir aquello en voz alta, se tenía sólo una vaga conciencia de cuál debía de ser aquella historia, de qué objeto-sujeto se trataba. En cambio, se sabía

bien y se marcaba el objeto político de aquella historia. Haciendo memoria y reconocimiento de las mujeres del pasado se quería vindicar presencia y reconocimiento para su existencia presente. De tal modo que el objeto-sujeto primario de estudio debía de constituirse alrededor de los temas y las preguntas que eran interesantes y útiles para el nuevo movimiento de mujeres. Voluntarismo político e intelectual serían el ingrediente fundacional de aquella historia, que había comenzado de espaldas al mundo académico, indiferente a no ser por la presencia de historiadoras profesionales en los colectivos que empezaron a discutir respecto de cómo hacer aquella historia. En contra de lo que se ha dicho sobre el componente exclusivamente político de aquella historia, hay que matizar que, desde el inicio, sus practicantes más cualificadas quisieron que no fuera «cualquier historia». Las historiadoras profesionales, en su mayor parte, buscaron trabajar competentemente aquel nuevo objeto-sujeto histórico, que no era sino un vago proyecto.

En el camino recorrido hubo un desencuentro inicial con la historiografía establecida, un silencio indiferente y expectante por parte de los historiadores. Arlette Fargue señaló la historia de este desencuentro. Según sus sondeos, la revista *Annales*, durante la década de los setenta, no había publicado apenas nada de lo que se iba produciendo en historia de las mujeres. Arlette Fargue decía entonces con malicia:

*L'éloignement de la revue par rapport à une effervescence intellectuelle et idéologique est fidèle. À son esprit: les Annales ont toujours privilégié l'innovation méthodologique à l'engagement militant*⁷.

En el mismo artículo indicaba una estrategia de relación con la historiografía, necesaria en su opinión, para producir una historia menos centrada en la elección de los temas específicos, atenta también a formular preguntas nuevas y a las formas de resolver el trabajo, a los problemas continuamente planteados por las fuentes y los métodos:

en mettant à plat, avec un certain souci de distance comme de critique, tous les événements qui ont influé sur les matériaux et les résultats de cette re-

⁷ FARGUE, Arlette, «Pratique et défis de l'histoire des femmes», en PERHOT, Michelle (ed.), *Une histoire des femmes est-elle possible?*, París, 1984, pp. 26-27.

cherche. Il sera peut-etre possible de formuler de nouvelles exigences, d'inventer de nouvelles orientations, de prévenir certaines formes de réponses ou de critiques, et d'obliger l'histoire a se déterminer davantage par rapport à elle, ne serait-ce qu'en transformant parfois la structure même de ses enquêtes 8.

1. La mujer de todos los tiempos

La fuerza con que las «imágenes» prefijadas atraían a los historiadores e historiadoras que se adentraban a estudiar la Historia de las Mujeres ha sido un problema recurrente. A menudo parece que, en este caso más que en otros, los textos que se refieren a las mujeres son opacos y, cuando parecen transparentes, son engañosos. Los tipos y los modelos femeninos han producido, y puede que sigan produciendo aún, impresiones fuertes sobre las que no dudamos y con las que nos conformamos. Por eso a la Historia de las Mujeres le ha sido muy difícil desterrar evidencias y lugares comunes establecidos por las tradiciones intelectuales y no siempre lo ha logrado. Mediante el silencio o la escritura, cuando se ha tratado acerca de las mujeres casi siempre se ha pretendido representar a «la mujer de todos los tiempos», a la mujer cuasi-natural, invariable en sus gestos, en sus problemas y en sus pensamientos. De ello hablaban los documentos que por entonces estaban saliendo a la luz, dando muestras de la locuacidad de médicos, filósofos y moralistas respecto al «ser» de las mujeres. Pero estos textos no sugerían nada inesperado a los historiadores, que, al hacer de ellos una lectura realista, crédula y empática respecto de los puntos de vista de tratadistas y moralistas de todos los tiempos, reforzaban las imágenes conocidas, sin producir dudas ni conflictos 9. Entre las mujeres, la locuacidad de las fuentes masculinas solía tener otra lectura. Igualmente crédula, sólo que esta vez la impresión de ellas enfatizaba la brutalidad, la violencia ¿gra-

8 FARGUE, A., «Pratique et effets...», *op. cit.*, p. 19.

9) Los textos de los hombres de todos los tiempos no son, sin embargo, tan uníformes ni unívocos como a veces se cree. El problema reside en la forma de leerlos, y me terno que en los estudios a los que me refiero se buscaba la conformidad con lo pensado más que cualquier otra cosa. Sobre este tema véase MOHANT, Isabel, «Familia, amor y matrimonio. Un ensayo de historiografía», en *Actas del VII! Coloquio Interdisciplinar de Estudios de la Mujer. Hombres y mujeres en el pensamiento y en la cultura occidental*, Madrid, 1990.

tuita?, la culpa histórica de los hombres de «casi» todos los tiempos y culturas. La exhumación de los mejores y mayores textos misóginos facilitaba la labor del feminismo militante en la búsqueda de llugar de su opresión y en la denuncia del poder masculino. En el otro extremo de las imágenes uniformes, grises y negativas producidas por los textos morales y por la literatura misógina comenzaban a aflorar otros textos que mostraban a mujeres en forma positiva. Eran figuras femeninas idealizadas, los modelos de la literatura cortés de todos los tiempos, que tenían su contrapartida religiosa en los modelos de santidad y heroísmo. Cada período y cada cultura había producido sus imágenes y sus símbolos femeninos. Las mujeres excepcionales sí que habían tenido sus narradores, que, en la mayoría de los casos, eran también sus inventores. Las imágenes parecían hermosas, gustaban y se utilizaban en forma de biografías o de historias de vida cotidiana de reinas, regentes, amantes del rey, «preciosas», señoras en sus salones dieciochescos o en sus castillos medievales, en su versión francesa y laica, a las que habría que añadir monjas y beatas poco ortodoxas en la versión católica española o italiana. Los estudios clásicos rememoraban en forma de narraciones, mayoritariamente hagiográficas, las vidas de estas mujeres tenidas por excepcionales, aquellas que eran consideradas excepciones entre la multitud de las mujeres sin historia¹⁰. Ciertamente, la lectura de estos textos podía producir relatos más amables, imágenes de contraste con las tristes figuras femeninas que poblaban las novelas del siglo XIX o con las descripciones de las miserables mujeres trabajadoras de todos los tiempos. El resultado era desigual y a menudo se quedaba en lo que podríamos llamar una historia «galante» que alegraba, no obstante, al lector, a los corazones masculinos y también a los femeninos, menos resistentes a la estética de las figuras. Era una historia «picante» para una historia, como la usual, que se ocupaba poco de los asuntos sensuales de otros tiempos, de épocas ya muy lejanas. El problema residía en que la Historia de las Mujeres no siempre era inquisitiva respecto de tales imágenes. Los historiadores, a menudo, las dejaban entrar en sus textos, las reproducían en sus escritos de historia, reforzando las impresiones bien conocidas. La historia de las mujeres

¹⁰ Dentro de este género hay trabajos de calidad como el de CHAUSSINAD-NOGARET. Guy, *La vie quotidienne des femmes du roi. J'Agnes Sorel a Marie-Anloinelle*, París, 1990. Igualmente, la obra de DILONC, E., *Femmes au grand siècle*, París, 1984.

era muy frecuentemente la historia que los otros, los hombres, tenían sobre ellas. Pocas veces éstos se interrogaban sobre el porqué de esas figuras, el porqué de los contrastes o sobre los conflictos o aceptaciones que tales imágenes provocaban en las mujeres. Al feminismo, lógicamente, le interesaron esas imágenes. En Francia, por ejemplo, llamaban la atención aquellos textos que definían el siglo XVIII como *le siècle des femmes*, refiriéndose a su papel intelectual en los salones, conocidos como los *paradis des femmes*, muy admirados tanto por los decimonónicos hermanos Goncourt como por los viajeros procedentes de países menos ilustrados. Elisabeth Badinter rindió su pequeño homenaje a los Goncourt al verse positivamente sorprendida por la visión que ellos dieron de las mujeres intelectuales del siglo XVIII. En mi opinión, el texto de los Goncourt es ciertamente hermoso y lo es más que por la realidad de lo que cuenta, de la que podemos dudar, por la patente y positiva imagen que aquellos reservados señores parecían tener de las mujeres ilustradas del siglo XVIII y por la nostalgia que se desprende de su obra ante la desaparición de aquellas mujeres y de aquel gran siglo ¹¹.

Por otro lado, en Italia o en España, países con otras tradiciones culturales, apenas han llegado a «revelarse» imágenes del estilo del de las francesas. Carmen Martín Gaité, en su hermoso libro sobre los usos amorosos del siglo XVIII español, nos muestra una aristocracia femenina de pocos vuelos, pálidos reflejos de aquellas mujeres «en libertad» del país vecino. Anñadas marquesas acompañadas por unos «cortejos» tan insustanciales como ellas. El problema reside, una vez más, en que lo que sabemos de ellas pertenece a la pluma interesada de sus detractores, los moralistas católicos y los reformadores sociales, para quienes la conducta moral y social de aquellas mujeres era absolutamente repudiable. Lo mismo ocurría a los ojos de la intelectualidad de la época, mayoritariamente integrada por hombres bienpensantes, que criticaban en las aristócratas la falta de responsabilidad política de los hombres de su clase ¹². En los países con mayor tradición católica, como el nuestro, las imágenes de mujeres aceptables han tenido que ser buscadas en otro lugar. Es en los contextos religiosos donde han aparecido las santas, las fundadoras religiosas

¹¹ GONCOURT, E. Th. y J. de *La femme au XVIII^e siècle*, París, 1862. Su reedición de 1982 es la que cuenta con el prefacio de E. Badinter.

¹² MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del siglo XVIII*. Madrid, 1987.

o sus figuras opuestas, representadas por las mujeres heterodoxas, las beatas sospechosas o las mujeres poco contenidas. En los medios campesinos o populares han ido apareciendo las mujeres curanderas, las brujas o las amotinadas por el plan de sus familias, que han dado el contrapunto a una sola imagen, la otra de las imágenes posibles¹³. Es interesante, no obstante, observar la reacción que se produce ante fuentes como éstas entre los historiadores. Unos han hecho lecturas realistas, que enfatizan la libertad y el poder del que disfrutaban aquellas mujeres; otros han despreciado el tema al considerar que hablar de poder, referido a las mujeres, no podía ser sino una falacia o una trampa tendida por los textos o, en todo caso, era hablar de unas pocas mujeres, que, además, pertenecían normalmente a las clases privilegiadas. Los historiadores, en general, consideraban estas historias como poco serias.

Los historiadores de tendencia universalista proponían una integración de las mujeres a los distintos capítulos de la historia si las mujeres eran estudiadas como trabajadoras, como miembros de una familia extensa o nuclear, como partícipes en los movimientos políticos modernos, etc. Con este sistema se demostraba que las mujeres habían trabajado, gobernado o escrito como los hombres. Matizando que «como los hombres, pero menos», puesto que había pocos datos sobre ellas si se trataba de economía, de política o de desarrollos sociales. Para compensar esta deficiencia se decía que a la noción de producción o de participación política se podía añadir algunas otras variantes como las de reproducción o la de participación social. La complementariedad de esta dualidad podría explicar mejor a las mujeres. Se pasaba por alto que este dualismo se daba ya previamente por sentado¹⁴. La historia así contada, se comprobaba enseguida, era poca historia y de triste presencia. En aquella historia de larga duración, que se interesaba por el paso del tiempo y por los cambios en los sistemas, apenas si se detectaban transformaciones en referencia a las mujeres y, cuando parecía haberlas, éstas tenían un sentido negativo. Así, por ejemplo, se tenía la impresión de que la revolución

¹³ Véase EHRENREICH, B. y ENGLISH, D, *Brujas, comadronas y enfermeras. Historia de las sanadoras*, Barcelona. 1973.

¹⁴ Pueden seguirse estos debates en NASH, Mary (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la Historia de la Mujer*. Barcelona. 1984. especialmente en la contribución de SCOTT, Joan W., y TILLY, L. A., «El trabajo de la mujer y la familia durante el siglo XIX». pp. 51-90.

industrial las había dejado sin sus cometidos en la economía agraria y familiar del Antiguo Régimen. La desaparición de la cultura popular había puesto en manos de los médicos y de los sacerdotes parte de los atributos, de los «poderes y saberes» que en las sociedades tradicionales tenían encomendadas las mujeres ¹⁵.

La historia social de orientación antropológica o la historia de la vida privada en sus variantes más descriptivas, por su parte, parecían acoger mejor y dar más posibilidades a la Historia de las Mujeres en la medida en que sus espacios temáticos estaban abiertos al estudio de las relaciones sociales y familiares, allí donde se consideraba que discurría la historia de las mujeres. La influencia de estos trabajos de orientación antropológica reevaluaba la importancia del tema de lo masculino y de lo femenino. De esta forma se descubrían otros temas como el del espacio público y privado o el del poder doméstico, social y el poder público. Permitían aflojar, además, las rigideces interpretativas con que se había abordado el tema de las relaciones entre los hombres y las mujeres. Martine Segalen indicaba cómo se rompía el discurso estereotipado de los folkloristas que «de un extremo a otro de Francia contempla mujeres sometidas, relegadas a tareas secundarias» ¹⁶. En su estudio de la sociedad rural del siglo XIX se señala el modo en que la autoridad masculina y los poderes femeninos se convierten en dos vectores que estructuran a la vez la vida sexual, el trabajo, el espacio, las relaciones de la pareja con la comunidad, en que ambas connotaciones, autoridad masculina y poderes femeninos, se inscriben en los rituales y en las representaciones de la comunidad campesina estudiada. La Historia de las Mujeres de orientación femenina se implicaba de un modo u otro en esta historia y sus imágenes. Se interesaba por la historia social y por la antropología, que ponían al descubierto los espacios femeninos, los modos de vida particulares de las mujeres, las prácticas culturales que les pertenecían a ellas y no a los hombres. Contaba en ello el interés político y existencial por revalorizar lo que había pertenecido y pertene-

¹⁵ Véanse, para una defensa de estas tesis, los artículos de SEGALÉN, Martine, «Poderes y saberes femeninos en el siglo XIX», y de MUCHEMBLEND, Robert, «La mujer campesina en la región del Norte (XVII y XVIII)», ambos en *Debats*, núm. 7, 1984, pp. 68-71 y 64-67, respectivamente. También puede verse la crítica de los mismos realizada por MORANT, Isabel, «Cultura y poder de las mujeres en las sociedades del Antiguo Régimen», en *Actas del V Coloquio Interdisciplinar de Estudios de la Mujer*, Madrid, 1988.

¹⁶ SEGALÉN, Martine, «Poderes y saberes...», *op. cit.*, p. 69.

cía a las mujeres en el pasado, lo que se denominaba cultura femenina, que incluía las ocupaciones, el *status*, las experiencias y las vivencias de las mujeres 17.

El resultado de estas y otras reflexiones semejantes era el de que cada vez se dedicaba menos tiempo y menos estudios a documentar la victimización de las mujeres, al mismo tiempo que surgían otras muchas aportaciones dedicadas a afirmar las particularidades de la cultura y de los espacios sociales femeninos. Se trataba, en palabras de Arlette Fargue, de identificar y medir la presencia de las mujeres en lugares, instancias y papeles que le fueron propios. Era un intento tanto de «compensar» la ausencia de la mujer en los espacios sociales estudiados por la historiografía como de «desvelar» la presencia de la misma en otros 18.

Mientras tanto, el debate sobre las prácticas y los resultados de la nueva historia, abordado coetáneamente por el feminismo, comenzaba a significar para la Historia de las Mujeres el abandonar las evidencias, el tratar de descubrir terrenos nuevos y de superar lo sabido sobre ellas. Esta investigación comportaba el abrir una desconfianza tanto sobre los textos como sobre la historia de las ideas de raigambre filosófica, que analizaban sin cuestionarlo el pensamiento sobre las mujeres. Lo mismo ocurría respecto de los estudios de historia social de orientación antropológica, que si bien habían tratado el tema de las diferencias sexuales, también habían establecido identidades fijas, inflexibles, invariantes entre hombres y mujeres, reforzando de esta manera las imágenes de una diferencia inmóvil y necesaria.

2. La Historia de las Mujeres o la memoria del feminismo

Las biografías femeninas, los relatos sobre mujeres singulares o los estudios de historia social, que demostraban la presencia y el protagonismo femenino en momentos fuertes de la vida familiar y comunal, tenían un efecto reconfortante en aquella incipiente Historia de las Mujeres, que podía mostrar ahora unas identidades femeninas que no pertenecían a los modos conocidos de sumisión y de domina-

17 Sobre el terna de la cultura femenina puede consultarse la preeitada obra de NASH, Mary (cd.), pp. 36 y 55.

18 FAR(UE, A., «Practiques et effcts...», *op. cit.*, p. 82.

ción ¹⁹. La Historia de las Mujeres buscaba imágenes más positivas, hay que decirlo, con la confianza de que con ellas se reforzase la idea del feminismo de que un cambio era posible si desaparecían los obstáculos que habían trabado el «hacer» y el «vivir» de las mujeres, su libertad y su independencia. Sobre el objeto de estudio pertinente se interrogaban las historiadoras feministas italianas en uno de sus primeros coloquios, el celebrado en Módena en 1982. Iniciaban allí sus debates con una pregunta tan significativa como la de *oggetti d'analisi, una scelta obbligata? La strega, il corpo, la solidarietà* ²⁰. Se indicaba, en su preámbulo, que con la elección preferencial de unas mujeres sobre otras, esto es, con el estudio de las mujeres emergentes, protagonista de su propia vida e implicadas solidariamente en la vía de las demás, se realizaba un acto deliberado por parte de unas historiadoras que buscaban «crear confianza» en el grupo de mujeres al que pertenecían. La condición subjetiva de su estudio, su implicación vital en un proyecto de búsqueda e investigación, era una actitud reflexionada y declarada. Desde fuera, en cambio, esa posición era difícilmente entendida y podía ser fuertemente criticada al ser considerada como proyección ideologizadora, impropia de la tarea científica. Pasado el tiempo, la historiografía ha tenido que reconocer el hecho del subjetivismo en el conjunto de sus investigaciones. Ha tenido que reconocer que silenciarlo era un modo de enmascararlo. En Módena, este tema era tratado en términos flexibles; se aceptaba con menos temor tanto el hecho de que el historiador se interroga a partir de sus preocupaciones como el hecho de que, quiera o no, deja su impronta en el modo en que organiza y selecciona el archivo ²¹. Sandra Cavallo decía entonces:

L'Accusa di propiezione, di aver cioè voluto ritrovare nelle donne del passato... diviene un discorso equivoco se ciò che viene criticato è il rapporto attivo passato-presente di per sé... in questo rapporto sta il valore del lavoro di ricerca storico e nelle capacità di allargare attraverso la conoscenza del passato la comprensione del qui ed ora, la sua legittimazione ²².

¹⁹ Sobre las distintas orientaciones de estos estudios, véase NASH, Mary, *op. cit.*, *passim*.

²⁰ *Aui del Convegno di Modena*, «Percorsi del femminismo e storia delle donne», abril 1982, suplemento al núm. 12 de *DWF*, Roma, 1983, p. 9.

²¹ Sobre esta cuestión, véase CERTEAU, Michel de, *L'Escriture de l'histoire*, París, 1978.

²² CAVALLO, Sandra, «Introduzione», en *Itti del Convegno...*, p. 10.

Esta misma autora incitaba también a que el Coloquio de Módena se implicase en más profundos debates acerca de las fuentes o las orientaciones y, en fin, sobre las formas «legítimas» de aquella historia que se proponía:

Abbiamo deciso di non organizzare la discussione sulle base si interessi tematici, di non suggerire cioè come oggetto di dibattito una rassegna di temi trattati della storiografia sulle donne, ne di proporre piuttosto una riflessione su quanto in questo settore è stato finora fatto in Italia e per gli ecchi che ce ne sono giunti a livello internazionale 23.

Esta reflexión incluía igualmente el debate sobre los indicios en historia; sobre los hechos inesperados; los pequeños hechos aparentemente irrelevantes; el interés por la biografía y por las estrategias que los biografiados, en este caso las mujeres, podían revelar, insistiendo siempre sobre las fuentes y sobre la necesaria confianza en el trabajo empírico. A mi entender, son éstos los rasgos que la Historia de las Mujeres compartía con la historia social, que le era la más próxima. Analizando desde hoy el lenguaje de los debates y los problemas metodológicos (las fuentes a privilegiar; el trabajo empírico que debía hacerse o las relaciones de conjunto a establecer entre los «hechos» de las mujeres y los contextos sociales) se captan perfectamente las influencias que en ellas tenían los enfoques metodológicos de la historiografía italiana, influida por la corriente microhistórica. Los préstamos eran obligados, lógicamente, pues eran los aportados por las historiadoras que se estaban formando en los departamentos universitarios y que estaban familiarizadas con la problemática metodológica más candente. Ellas, sin embargo, enfatizan su independencia respecto a la academia:

Il riconoscimento di un mondo separato è stato ricco di sviluppi successivi: ha operato una sorta di rovesciamento, portando alla superficie conoscenza, linguaggi, modi di espressione prima considerati negativi o irrilevanti, ora fondanti uno specifico femminile.

El empeño intelectual debía producir visibilidades nuevas y devolver las mujeres a la historia, pero ello sólo parecía posible si se restituía la historia a las mujeres, a sus preguntas y a sus puntos de

23 CAVALLO, Sandra, «Percorsi del femminismo...». *op. cit.*, p. 9.

vista. En palabras de Michelle Perrot, se podía ahora escribir historias que los historiadores habían despreciado para la historia, habiendo hecho de ella, sin explicitarlo, [*l'histoire sans qualité*. Como contrapunto y demostración, y también con cierta ironía, un colectivo de historiadoras francesas editaba un texto, con este mismo título, sobre protagonismos femeninos, en el que la palabra historia se escribía con minúsculas 24.

3. Pensar de otro modo la historia (de las mujeres)

Los primeros trayectos de la Historia de las Mujeres transmitían, junto con la imagen de la fuerza originaria de una historia incipiente, la inquietud por las formas con que se practicaba y por los resultados que se iban obteniendo. Un colectivo de historiadoras francesas constataba las dificultades en los inicios de los años ochenta. Estas se debían, en su opinión, a que los temas iban tomando cuerpo con rapidez, mientras que faltaba el tiempo suficiente para la reflexión teórica y metodológica. Se estaba poniendo de manifiesto que era la propia historiografía la que carecía aún de instrumentos para pensar las diferencias sexuales, para vadear los estereotipos y para producir un saber que diese cuenta del proceso histórico por el que se habían constituido las identidades y los modos de vida de las mujeres. Por su parte, el esfuerzo militante del feminismo se conformaba, a menudo, con la visualización de los estudios específicos; con la salida a la luz de hechos y dichos de las mujeres; con las descripciones de los espacios y de las tareas que constituían lo propio; con afirmar que las mujeres habían hecho algo propio en el pasado y que ahora estas aportaciones podían dar lugar a una historia específica.

Las historiadoras francesas se mostraban críticas y desconfiadas respecto a las orientaciones que se estaban dando a estos estudios realizados desde la antropología o desde la historia de la cultura popular, que secundaba las mismas propuestas, porque la orientación cultural que daban a los sexos fijaba a las mujeres en sus gestos, en sus dichos o en sus hechos, iguales entre ellas y diferentes respecto de los hombres. Imprimían a aquella historia un tiempo largo y un método descriptivo, desatendiendo el estudio de los mecanismos por los que

²⁴ VV AA. *l'histoire sans qualité*, París, 1979.

se lograba producir las formas culturales y se conseguía establecer el consenso que las hacía duraderas. El resultado era que estos estudios, en su mayoría, quedaban limitados a «describir» gestos repetidos y a confirmar eertezas 25. Las historiadoras francesas e italianas eoincidían respecto de los problemas planteados por el modo en que las disciplinas, especialmente la antropología, trataban el tema de los sexos, a través del dualismo inflexible que se establecía entre lo femenino y lo masculino y la visión «tranhistórica y atemporal» que de ello derivaba. El debate naturaleza-cultura no era aquí un punto crítico de reflexión, sino que era más bien el punto de partida 26. El empeño de las historiadoras era bien distinto. Se pretendía salir de las evidencias sobre los roles sexuales, mostrar su historicidad y analizar los eaminos del conflicto y del cambio. En opinión de estas voces críticas, el análisis del dinamismo histórico que provoca el cambio reclamaba a la política, al poder, al modo en que se habían ido estableciendo las relaciones sociales y sexuales de poder. Por tanto, el sentido de las preguntas debía desplazarse desde los temas específicos de la cultura femenina a los modos en que una tal cultura se había formulado históricamente en el seno de una sociedad dada y en un momento determinado. En este sentido decían:

No se trata ya sólo de reproducir unos discursos y unos saberes específicos de las mujeres, ni tampoco de atribuirles poderes olvidados. Lo que hay que hacer ahora es entender cómo se constituye una cultura femenina en el interior de un sistema de relaciones desigualitarias, cómo enmascara los fa\los, reactiva los conflictos, jalona tiempos y espacios, y cómo piensa, en fin, sus particularidades y sus relaciones con la sociedad global 27.

El acento global estaba puesto, pues, en analizar cómo se activaban las diferencias sexuales en un contexto político y soeial determinado, en eómo aparecían yen cómo se modificaban los «roles» sexuales; qué consensos y qué conflictos producían y mediante qué mecanismos de poder. En consecuencia, las relaciones entre los sexos

25 FARGUE, A., «La historia de las mujeres. Cultura y poder de las mujeres. Ensayo de historiografía», en *Historia Social*, núm. 9, 1991, pp. 81 YSS. El original en francés es de 1986 y está firmado por un colectivo interdisciplinar de historiadoras. antropólogas y filósofas, en *Armales ESC*, núm. 2, 1986.

26 CEHHUJI, Sirnonc, «Riseoprire fonti e strumenti», en *Aui del Convegrzo...* p.104.

27 FARGUE, A., «La historia de las mujeres...», *op. cil.*, p. 87.

debían de ser tratadas como relaciones sociales y su estudio era del mismo tipo que el de otras relaciones sociales igualitarias o desigualitarias.

Las historiadoras francesas tornaban como ejemplo del tipo de historia social relacional, que ellas querían hacer, el trabajo de Bonnie Smith, una autora americana que había escrito sobre la burguesía francesa de la segunda mitad del siglo XIX, atendiendo al tema de los sexos y de las diferencias sexuales. Analizando el impacto que sobre las mujeres bienestantes habían tenido los cambios económicos del siglo, esta autora había visto que las mujeres burguesas, excluidas después de 1860 de la gestión de los asuntos familiares, a los que hasta entonces habían sido asociadas, cambiaron significativamente su papel en la sociedad y la representación que tenían de ellas mismas. Alejadas del mundo masculino, centradas en sus casas, se construyeron una representación particular fundando sus propios valores, a menudo en oposición a los del mundo masculino: la fe contra la razón; la caridad frente al capitalismo; el matriarcado doméstico frente a la gestión económica o la elevada conciencia social en contraposición al dinero. Esto ocurría al mismo tiempo que el mundo novelesco de la época se adueñaba de su entorno social, produciendo y reproduciendo las nuevas representaciones ²⁸.

En el ámbito de la historiografía italiana, la cultura femenina se indagaba en relación con su contexto político y social. Luisa Accati, en el congreso al que me he referido previamente, sugería indagar el conflicto entre los sexos. Su tesis implicaba al poder, a la acción fuertemente intervencionista de la Iglesia postridentina sobre las mujeres católicas. Su opinión se basaba en el análisis de la práctica social y religiosa de los países católicos, en los que la mujer de las clases medias y altas mantiene fuertes lazos de relación en el plano moral, con las instituciones eclesiales, lo que hace que se deban a la Iglesia y estén constreñidas a las pautas de vida marcadas por los sacerdotes que frecuentan y que son sus confesores. Los hombres célibes, según Accati, ejercen sobre ellas una influencia más significativa que la de sus maridos, cuya autoridad ellos perciben como mermada. De esta

²⁸ SCHMIDT. B.. *The ladies of the leisure class, the bourgeois of northern France in the XIX century*, Princeton, 1981. El interesante comentario que sobre esta obra realiza A. Fargue se encuentra en su *op. cit.* p. 87. Un ejemplo más reciente de este planteamiento se encuentra en HALL, C., y DAVIDOFF, E., *Hombres y mujeres de la clase media inglesa. 1780-1850*. Madrid. 1994.

manera, en el ámbito cotidiano y familiar, es la moral de la Iglesia la que preside las relaciones, son las «palabras de otro hombre», el cura, las que obligan y coaccionan al marido a través de la mujer. Esta mediación, esta «extraña» relación, inquieta y desagrada a los hombres de los países católicos y podría explicar las «malas» relaciones que los hombres mantienen con la Iglesia en los estallidos de violencia que son las crisis anticlericales 29.

La historia de las mujeres así planteada abre la posibilidad de que la historia pueda contemplar, también para los hombres, las implicaciones del sexo y que pueda incluir el estudio de las relaciones «internas» entre los hombres y las mujeres, el análisis del conflicto entre sexos, tal como sugiere el trabajo de L. Accati antes mencionado, estableciendo, sobre todo, que el sexo, las diferencias sexuales, no pueden seguir siendo neutralizadas por los historiadores, sino que deben de ser categorías incorporadas que permitan pensar sus orígenes y sus formas históricas 30. En palabras de Natalie Z. Davis:

me parece que deberíamos de interesarnos tanto en la Historia de las Mujeres como en la de los hombres, que no deberíamos de trabajar solamente con el sexo oprimido, del mismo modo que un historiador de las clases sociales no puede centrarse por entero en los campesinos. Nuestro propósito es comprender el significado de los sexos, de los grupos de género, en el pasado histórico. Nuestro propósito es descubrir el alcance de los roles sexuales y del simbolismo sexual en las diferentes sociedades y períodos, para encontrar qué significado tuvieron y cómo funcionaron para mantener el orden social o para promover el cambio 31.

Podemos enfatizar, con Gisela Bock, que la Historia de las Mujeres es, así planteada, un camino obligado para la historia, porque lo hecho por las mujeres, su historia, no concierne sólo a media humanidad, sino a toda ella. Del mismo modo que la historia hecha por los hombres concierne igualmente a las mujeres y lo hecho por unas

29 ACCATI, Luisa, «En busca de las diversidades perdidas. Conceptos anglosajones y madres mediterráneas», en *fjuodo*, 1991. pp. 1S-42.

30 Sobre este tema, véase también REVEL, Jacques, «Masculin/Féminin: sur l'usage historiographique des rôles sexuels», en PERROT, M. (ed.), *Une histoire des femmes/Us psI-elle possible?*, París, 1984, pp. 121-140.

31 DAVIS, N. Z., «Women's lhistory in transition: the european case», en *Feminist Studies*, 1975-1976, p. 90. Citado por SCOTT, J., en NASH-AMELANG, *Historia y género*, Valencia, 1990, p. 2S.

y por otros concierne a la historia general ³². Esto significa que, en la práctica, la construcción de un objeto histórico, bajo la rúbrica de Historia de las Mujeres por la orientación que se le daba estableciendo el carácter relacional de los sexos y considerando las diferencias como hechos sociales, debía de tener efectos sobre el modo de hacer de los historiadores y sobre la historia ³³. La Historia de las Mujeres, por su parte, queda dentro de los planteamientos y de los métodos de la historia, desvelando, eso sí, temas e interrogantes nuevos para la historia social, política o económica. Contemplando el archivo de nuevo, las fuentes se amplían y se diversifican y ya no importa tanto que su procedencia sea masculina o femenina. La cuestión reside no tanto en las fuentes como en las preguntas. La tendencia más interesante será finalmente la de cruzar y producir la mezcla de las fuentes, la de buscar no la uniformidad, sino la polifonía y la complejidad que se obtiene con ella. Se darán, a la vez, planteamientos temáticos coincidentes con la nueva historia social y con la historia de las mentalidades y de la cultura, con las distintas ramas de la historia y se abrirán a raíz de ello discusiones en torno a las categorías de la historiografía. Nociones afirmadas, como las de clase o poder, serán debatidas y usadas provocando cambios que permitirán pensar el poder de las mujeres, mientras que otras nociones menos habituales referentes al mundo de los sentimientos y del deseo se introducirán en el vocabulario de la historia a partir de las demandas formuladas desde la Historia de las Mujeres.

4. Género e historia

El género es un concepto, una categoría con la que el feminismo ha tratado de clarificar su objeto de estudio y de tener instrumentos analíticos propios para pensar la diferencia o diferencias sexuales. El género es un modo de categorizar a las mujeres como colectivo socio-cultural y un modo de pensar y analizar los «sistemas de relacio-

³² BOCK, G., «La Historia de las Mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional», en *Historia Social*, núm. 9, 1991, p. 59.

³³ La historia política, por ejemplo, puede ser leída desde las demandas y presupuestos de las diferencias entre los sexos, tal como lo ha hecho FRAISSE, Genevieve, en su libro *Muse de la raison. La démocmlie exclusive el lu différence des sexes*, París, 1989. Existe traducción castellana en la colección Feminismos de la editorial Cátedra, núm. 5, Madrid, 1991.

nes sociales» como sistemas también «sexuales». Joan Scott, una de sus teóricas más significadas, lo define de la siguiente manera:

El término género forma parte de una tentativa de las feministas contemporáneas para reivindicar un territorio definidor específico, de insistir en la insuficiencia de los cuerpos teóricos existentes para explicar la persistente desigualdad entre mujeres y hombres 34.

El género es, pues, una categoría que interpela a las ciencias sociales en la medida en que no han producido un saber sobre las mujeres, puesto que no llegaron a destacarlo como problema teórico. Las ciencias sociales han sido y siguen siendo, en opinión de las teóricas del género, «ciegas» en lo concerniente a la revelación de la cuestión de las diferencias sexuales. Este saber, según Scott, puede producirlo el trabajo teórico que el feminismo está llevando a cabo.

El término género, en su uso descriptivo y más usual, sustituye al de mujeres para indicar que se trata de considerar al sexo femenino en lo que éste tiene de cultural e histórico, de categoría social impuesta sobre el cuerpo sexuado de las mujeres y susceptible, por tanto, de ser abordado por las ciencias en todos sus dominios. Susceptible, en principio, de que las ciencias sociales discutan el terreno a la biología, por ejemplo, en lo que al estudio de las diferencias sexuales se refiere. En este terreno, el feminismo detecta un problema recurrente en las ciencias sociales, que se muestra en el hecho de que, en sus explicaciones sobre las mujeres y su diferencia, subyace siempre la imagen de un cuerpo biológico fuertemente condicionante, potente e inmutable, instancia última a la que remitir lo que las mujeres son y han sido desde sus orígenes, que se pierden, para la historia, en la noche de los tiempos. La historiografía feminista ha querido, sin embargo, hacer historia de esa teorización en lugar de aceptarla en razón de su arraigo. Ha recordado, por ejemplo, a Rousseau, al modo y al lugar en que este filósofo produjo sus «teorías» sobre la feminidad «natural y la condición mayoritariamente cultural» de los varones. Ha recordado, igualmente, su «Emilio» y la construcción de la mujer necesaria que es «Sofía», una mujer a su cuerpo debida, según explícitamente dice Rousseau:

34 SCOTT, J. W., «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en AMELANG, J., y NASH, M., *Jlis[oria.y género*, Valencia, 1990, p. 43.

Le mâle n'est mâle qu'en certains instants; la /emelle est/emelle toute sa vie, ou de moins toute sa jeunesse; tout la rapelle sans cesse À son sexe et, pour bien remplir les /onctions, il lui /aut une constitution qui s'ÿ rajoute 35.

Rousseau y su siglo son el paradigma de cómo el cuerpo de la mujer ha sido una obsesión para la filosofía de un modo muy distinto a como lo ha sido el del hombre. Esto ha servido de fundamento para las ciencias, especialmente para la biología, cuyo desarrollo en el siglo XIX se dedicó a sustentar las ideas roussonianas respecto del «ser» de las mujeres. En opinión de Gisela Bock, «la biología es una metáfora moderna de una vieja creencia: que los hombres carecen de género y que las mujeres son seres con género; que los hombres son el sexo "principal" y que las mujeres son el "otro sexo" o incluso, como en el siglo XIX, el "sexo"» 36.

Cuando Simone de Beauvoir escribió su *Segundo sexo* señalaba que las mujeres estaban en posición subordinada debido a los determinantes de su cuerpo «sometido» a la maternidad. Sabemos que De Beauvoir había destapado la modelización cultural producida en el sexo femenino, pero «en última instancia» pensaba que la maternidad era un hecho que condicionaba la vida de las mujeres en el pasado. Que la «reproducción» era el lugar de su sumisión fue la idea acuñada por el feminismo marxista de los años sesenta y se utilizó, junto al concepto de «producción», para indicar que la producción en la mujer estaba trabada por sus tareas reproductoras. Tareas estas últimas útiles socialmente y que, sin embargo, el liberalismo político y económico situaba en el terreno de la privacidad familiar, desentendiéndose del tema y, por tanto, de los problemas que ello causaba a las mujeres y de las cargas sociales que ellas asumían gratuitamente 37. El feminismo de la época, por su parte, aceptaba que la reproducción deseada por las mujeres era, a la vez, su «trampa amarga». El debate giraba en torno a cómo liberar el cuerpo de las muje-

³⁵ ROUSSEAU, J. J., *Emile ou de l'education. Livre cinquième*, París, 1971, p. 245.

³⁶ BOCK, «La Historia de las Mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional», en *Historia Social*, núm. 9, 1991, p. 69.

³⁷ La conclusión política, es sabido, era aliviar a las mujeres de la carga de la reproducción, reconocer el carácter social de ésta y distribuir equitativamente el trabajo productivo. El debate actual sobre el tema puede seguirse en la obra de JONAS-DOTTIR, Arma G., *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la democracia?*, Madrid, 1993.

res de la maternidad y del deseo de los hombres. En su *Dialéctica de la sexualidad*, Schulamite Firestone pensaba en las posibilidades de la ciencia y en la reproducción artificial. Su impactante libro fue problemático para el feminismo, que se resistía a lo que creía que era la «desnaturalización» del proceso de gestación de la vida humana³⁸. Para Catherine Mackinnon, el problema reside en el deseo masculino, en la apropiación que los hombres pueden hacer del cuerpo de la mujer: «la sexualidad -dice- es al feminismo lo que el trabajo es al marxismo, lo que nos es más propio, pero a la vez más quitado. La objetivación sexual es el proceso primario de la sujeción de las mujeres». El modelo lo encuentra Mackinnon en la prostitución, en la percepción que el hombre tiene del cuerpo de la prostituta, en el uso que de ella hace -objeto y nunca sujeto- de su sexualidad³⁹. La tesis de Mackinnon está causando escándalo en los Estados Unidos por la radicalidad de su proposición y por la propuesta de prohibir la pornografía.

La historiografía feminista, en su desarrollo práctico, se maneja mal con estas formas, a su juicio excesivamente deterministas, de explicar la diferencia de los sexos; con las explicaciones que, buscando los orígenes y las causas de las diferencias, remitían al cuerpo sexuado de las mujeres y situaban a los hombres frente a ellas, como colectivo también sexual y detentador del poder. El poder, por otro lado, se concebía como una categoría unidimensional e inamovible al que las mujeres se habían sometido, habían prestado su consentimiento o lo habían rechazado reactivamente, pero que no lo habían tenido. Escribir la historia desde estos planteamientos parecía poco interesante y productivo porque desde esta perspectiva se «normalizaba» la visión de la diferencia sexual y no se hacía otra cosa que revelar lo que las mujeres no habían hecho como los hombres, que, a la vez, era lo sabido y lo esperado. Apenas si era historia. Apenas mo-

³⁸ FIRESTONE, S., *La dialéctica de la sexualidad*, Madrid, 1976. El original inglés es de 1970. Lo que era difícil de pensar entonces era hacia dónde irían los intereses de ede desarrollo tecnológico. Hoy se cuestiona si sus resultados son los deseables y si más que a liberar a la mujer de lo que se suponía una carga biológica no buscan producir hijos para colmar y fomentar el deseo «natural» de maternidad de las mujeres, coincidente con los intereses sociales sobre la maternidad.

³⁹ Las características actuales de este debate en los Estados Unidos de Norteamérica y en Europa pueden verse en la obra de OSBORNE, Raquel, *La construcción social de la sexualidad*, Madrid, 1993. Véase también el último libro de MACKINNON, K., *To/l/lard a feminist theory of the State*, JJarvard, 1991.

vilizaba los conocimientos habidos sobre las mujeres y, consecuentemente, dejaba intactos y sin discusión tanto lo que la ciencia moderna había dicho sobre las mujeres como lo que el «sentido común» de los historiadores admitía sin plantearse mayores problemas.

Todas estas cuestiones son las que están a la base de los esfuerzos teóricos de las historiadoras feministas en la elaboración de un concepto de género que, por una parte, «soslayase» los determinismos subyacentes en las explicaciones proporcionadas sobre las mujeres y que, por otro lado, «revelase» el carácter cultural y social de las diferencias sexuales y que, por tanto, afirmase la condición histórica del género y permitiese a los historiadores hacer la historia del mismo y pensar el cambio. El objetivo para la historiografía feminista era romper la imagen de evidencia y necesidad que se daba a la Historia de las Mujeres, la imagen de permanencia en el pasado de las mujeres, la imagen en la que las habían colocado las ciencias sociales con sus explicaciones biológicamente deterministas y filosóficamente esencialistas.

La Historia de las Mujeres pretendía una categoría útil para imaginar las relaciones sociales del pasado como relaciones de género y para pensar en los procesos por los cuales se había construido y se construye la diferencia sexual y las formas cambiantes que ésta adopta. El género, en relación con la historia, es, para Bock, «una imagen intelectual», «un modo de pensar y de estudiar a las personas», una herramienta analítica, en fin, que nos ayuda a descubrir áreas de la historia que habían sido olvidadas. La historia del género amplía las perspectivas de la historia al establecer, a partir del interés por las mujeres, una serie de preguntas sobre las relaciones entre los grupos humanos, que antes habían sido omitidas. Las mujeres, pensadas como género, permiten también, por ejemplo, pensar a los hombres como grupo cultural y social, del mismo modo que las mujeres pueden ser analizadas en su diferencia o en la relación que mantienen con otros grupos de edad o condición social. El objetivo final sería para Bock «un enfoque de la historia general que no sea neutro con respecto al género, sino que lo incluya, porque la Historia de las Mujeres es la historia del género por excelencia» 40. El resultado en la práctica es que la Historia de las Mujeres puede recorrer los caminos

40 BOCK, G., «La Historia de las Mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional», en *Historia Social*, núm. 9, 1991, p. 69.

de la historia, incluso allí donde no se hacen visibles las mujeres. Es producir una historia integrada y a la vez distante, que hace sus preguntas y elige sus métodos a partir de los objetivos que le son propios: producir un saber sobre las mujeres y sobre su pasado y producirlo de tal modo que quede abierta una brecha en lo que ha sido el pensamiento científico sobre los sexos y sus diferencias. En el horizonte de estos debates teóricos, de estos proyectos de trabajar con los datos de la historia, se vislumbra el feminismo que, como proyecto intelectual y político, ha pensado los sexos en términos políticos, la política de los sexos, y los caminos del cambio.

Hay que advertir aquí que el tiempo y los debates teóricos que sacuden a las ciencias sociales y al feminismo han ido modificando el uso que los historiadores hacen de esta categoría. Como indica Scott,

me parece significativo que el uso de la palabra género haya surgido en un momento de gran confusión epistemológica, que en algunos casos adopta la forma de una desujeción desde los paradigmas científicos a los literarios entre quienes se dedican a las ciencias sociales (desde el énfasis sobre las causas a otro centrado en el significado, con la discusión de los métodos de investigación), y en otros casos adopta la forma de los debates acerca de la teoría, entre quienes afirman la transparencia de los hechos y quienes insisten en que la realidad se interpreta y se construye ⁴¹.

Este denso texto de Scott es indicativo de los debates «americanos» suscitados por las corrientes post-estructuralistas, que impregnan allí mayoritariamente las disciplinas lingüísticas (con el fondo de las posiciones propiciadas por la particular asimilación que se ha hecho en Estados Unidos de la obra de Foucault, de las críticas llevadas a cabo por la filosofía respecto del humanismo y del empirismo modernos). La teoría feminista americana ha sido vanguardia en estos debates en mayor medida que en Europa, en donde el feminismo se relaciona con un proceso «crítico» planteado de modo diferente, como veremos en las páginas siguientes. Scott, sin embargo, ha tomado sus posiciones dentro del post-estructuralismo. En este espacio de debate dice ella: «las feministas no sólo han comenzado a encontrar una voz teórica propia, sino que también han encontrado aliados académicos y políticos». En consecuencia ella formula el género,

⁴¹ SCOTT, J., (*Id. cit.*, p.43).

dentro de este espacio, como categoría analítica⁴². Más adelante volveremos sobre estos temas y sobre los debates que suscitan entre los historiadores.

5. De las formas y del lugar de la Historia de las Mujeres

En un debate tenido a principio de los años ochenta, las historiadoras francesas se preguntaban: *l'histoire des femmes est elle possible?* Con el interrogante se estaba señalando el momento del proceso en el que estaba aún por fijar «la forma», lo que se quería que fuese aquella Historia de las Mujeres, que había comenzado ya su camino en formas de investigaciones imprecisas en cuanto al objeto de estudio y objetivos.

Para Michelle Perrot, que dirigía entonces aquel coloquio, hubo ya una respuesta en los cinco tomos, aparecidos en francés entre 1990 y 1992⁴³. Estos volúmenes no son ciertamente toda la Historia de las Mujeres producida en los últimos veinte años, pero los vamos a tomar como punto de referencia para comentar los desarrollos realizados por la Historia de las Mujeres. Ellos nos pueden servir para ejemplificar y explicar la actual situación de lo que Nash llamaba, en 1984, «las distintas corrientes» de la Historia de la Mujer, los caminos divergentes por los que se orientaban las historiadoras que entonces comenzaban a producirla. Una primera constatación es la de que la categoría mujer se usa ahora más en plural que en singular, como se hacía inicialmente. El asunto, inadvertido por las personas no familiarizadas con el tema, remite al interés de las historiadoras por indicar que la Historia de las Mujeres no busca una categoría esencial ni uniformizadora. Por otro lado, el plural mujeres alude también al desplazamiento del interés anterior de las historiadoras por documentar las similitudes y las identidades basadas en el sexo, hacia el interés actual por subrayar las singularidades. En la base de todos estos desplazamientos están los debates habidos en torno a la

⁴² Un trabajo inspirado en el planteamiento de Scott respecto del género como categoría histórica es el de PERRY, Mary E. *Ni espada rota, ni mujer que trola. Mujer y desorden social en la Sevilla del siglo de oro*. Barcelona, 1993.

⁴³ PERROT, M., y DUBY, C. (eds.), *Historia de las Mujeres*. 5 vols., Madrid, 1992-93.

cuestión del sujeto de la historia, revivido actualmente por la teoría post-estructuralista sobre la condición del sujeto moderno 44.

La segunda constatación significativa se refiere a las relaciones que podemos establecer entre la Historia de las Mujeres, en su pluralidad, y las distintas corrientes de la historiografía, es decir, a las alianzas que se pueden establecer a partir de mostrar las preferencias de los enfoques y métodos que observamos en la Historia de las Mujeres, a los acuerdos y desacuerdos que existen hoy entre las que practican esta historia y las posiciones afirmadas por los historiadores. La obra de Perrot y Duby nos puede servir para señalar estos aspectos de intercambio y de relación, siempre advirtiendo que la relación que vamos a establecer entre corrientes, comunidades intelectuales y espacios nacionales son modelos o globalizaciones que dejan fuera muchos matices.

Empezando por la geografía, cabe señalar que nos situamos a este lado del Atlántico y con mayor conocimiento y afinidad respecto de lo que ocurre en Europa que en referencia a lo que se da en Estados Unidos. De la historia de Perrot-Duby se ha dicho, por ejemplo, que es un producto muy francés en el sentido de que se observa en ella el peso de las tradiciones historiográficas de este país (*Annales* y la historia de las mentalidades, por citar sólo a las más reconocidas). También se ha destacado una cierta influencia americana debida a los estudios de Scott, Walkowitz o Higonnet, inspirados en modelos narrativos y literarios basados en las formas de trabajo de la crítica literaria y del análisis de textos. Por otra parte, la elección de los autores también ha recibido críticas por la escasa representación que en los diversos volúmenes tiene la historia de las Mujeres que se ha venido produciendo en Italia. Esta cuestión remite a la conveniencia de preguntarse por la relación existente entre esa exígua presencia y la cantidad y cualidad de lo producido en Italia. En mi opinión, la respuesta hay que buscarla en el carácter «exterior» de la Historia de las Mujeres; en la relación escasa e indiferente de la mayoría de las historiadoras feministas con una parte sustancial de las corrientes italianas que dominan hoy la historia. Paola di Cori, una historiadora italiana siempre a caballo entre Europa y América, una viajera como

⁴³ Véanse las obras de FARGUE, A., y PERROT, M., «Debat», en *Femmes et Histoire*, París, 1992, pp. 66-67, y de SCOTT, J., «Historia de las mujeres», en BURKE, P., *Formas de hacer historia*, Madrid, 1993, pp. 69 y ss.

ella se define, ha analizado recientemente las posiciones académicas que tienen las historiadoras feministas en Estados Unidos, en donde sus disciplinas están ampliamente reconocidas y forman parte de los *curricula* de las universidades, y ha señalado, por contraste, la escasa «posición» académica de las historiadoras italianas. Su decantamiento americano se vislumbra en el texto adjunto:

*Le storie delle donne made in USA, rispetto al territorio storico tmdizionale, si presentano come un campo di studi con una sua autonomia e forza autolegittimante-istituzionale, tematica, metodologica. Negli State Uniti sembrano mantenere come una vera e propria contro-disciplina. Ma in Europa, sebbene essa abbia avuto momenti di crescita indipendenti, si é indubbiamente a./fermata come sollo-disciplina*⁴⁵.

Por otra parte, las historiadoras italianas, por lo que conocernos de ellas, han sido activas y productivas en los últimos años. Como ejemplos están *Memoria: rivista di storia della donne*, creada en 1980, sólo y recientemente sustituida por la *Rivista della società italiana delle storiche* y están también los numerosos debates periódicos dedicados a la Historia de las Mujeres y editado durante los años ochenta⁴⁶. Paola di Cori, que ha analizado siempre las posiciones de la historiografía feminista italiana, los resultados y los efectos de sus prácticas, opina que no siempre el feminismo italiano ha seguido las mejores estrategias para el interés de las mujeres profesionales, pero sitúa también el problema del lado de los historiadores. En su opinión, la historiografía académica italiana ha sido poco receptiva a la Historia de las Mujeres, a los debates y a los cambios que se han venido produciendo. Para ella, los historiadores italianos, salvo casos significados y bien conocidos, se han mantenido en sus posiciones «convencionales», a resguardo de las crisis que han afectado, dice, a los «descendientes» de *Annales*, a los «discípulos» de Hobsbawm y de Thompson y a los «arrepentidos» de tanto historicismo marxista⁴⁷. La historiografía feminista, en cambio, se habría beneficiado

⁴⁵ CORI, P. di, «Made in USA e made in Europe. La storia delle donne in una prospettiva di comparazione», Conferencia pronunciada en Valencia, octubre de 1992, copia dactilográfica, p. 31.

⁴⁶ A título de ejemplos significativos se puede consultar: *Ragnatele di rapporti: patronage e reti di relazione nella storia delle donne*, a cura di FERRANTE, L.; PALAZZI, M., y POMATA, C., Milán, 1986, o *La ricerca delle dorzze. Studi femministi in Italia*, a cura di MARCUZZO, María Cristina, y ROSSI-DORIA, Anna, Milán, 1987.

⁴⁷ CORI, P. di, *op. cit.*, p. 24..

de la «libertad» de pensar que le daba su escasa ubicación académica y, sobre todo, de la condición internacional de la Historia de las Mujeres, en la medida que ello ha permitido a las italianas ser copartícipes de las otras experiencias intelectuales, especialmente de las americanas, territorio en el que muchas de ellas han estudiado y han trabajado por un cierto tiempo ⁴⁸.

La aportación española a la precitada obra dirigida por Perrot-Duby ha consistido en un suplemento, que no formaba parte del proyecto original, sino que fue planteado por la editorial que contrató su traducción castellana. Esta circunstancia quizá debería ser demandada, como ha ocurrido en Italia, a las personas que pensaron la obra ⁴⁹. Al leer el conjunto de esta obra se puede considerar que alguno de los trabajos españoles hubieran mejorado o, al menos, no hubieran desmerecido respecto del conjunto de la misma. Las cosas llegarán a estar en su lugar, si se prosigue adecuadamente en el empeño, un poco más adelante. Pero no es éste el asunto al que dedico mi reflexión, sino que me centraré en el análisis de lo que está escrito en los suplementos de la edición castellana. Los textos son de autoría masculina y femenina, plural; lo que podría indicar amplitud y buena predisposición de los historiadores en relación con la Historia de las Mujeres. Creo, en cambio, que no es así. Una parte considerable de los textos no es exigente con el tipo de historia que hace. Parece ignorante de todo cuanto ha tenido que ser pensado y debatido para que el proyecto vago que fue la Historia de las Mujeres sea hoy un proyecto de historia que tiene sus exigencias, que es una forma de hacer historia, como se reconoce en el reciente libro editado por Burke, *Formas de hacer historia*, al dedicar una parte del mismo a la Historia de las Mujeres. En mi opinión, los historiadores españoles piensan que la Historia de las Mujeres es un tema o algunos temas más y no encuentran obstáculo en trabajarla con los presupuestos que les son habituales. En cuanto a las mujeres, que son mayoría en estos temas, tengo la impresión que no conocernos o no usamos suficientemente las experiencias habidas y que nos comportarnos de manera

⁴⁸ Luisa Accati ha escrito una interesante teoría en la que trata de fundamentar históricamente los desacuerdos del feminismo político italiano con la política general y con los políticos. Véase su precitado artículo en la revista *Juoda*.

⁴⁹ El editor C. Laterza, que encargó la obra en Francia, dado el éxito del producto se propone abrir una colección de Historia de las Mujeres dirigida y centrada en producciones italianas.

muy distinta a las «ávidas» italianas, que cruzan el Atlántico con interés por 10 que allí encuentran, aunque su grado de aceptación varíe desde el entusiasmo (Paola di Cori) a un relativo grado de escepticismo (Gianna Pomata). Nosotras nos comportamos, creo, con mayor indiferencia y perplejidad ante las cuestiones epistemológicas que nos resultan extrañas. ¿Quizás porque ésa sea la actitud mayoritaria de la historiografía española actual? Este es un debate que la historiografía española deberá de realizar en otro lado. Lo que me interesa destacar aquí es mi impresión de que las historiadoras y no sólo nosotras, sino quienes se ocupan de los temas de las mujeres, feministas o no, tienen descuidado el debate teórico que el feminismo internacional e interdisciplinar produce y que incluye una controversia sobre el hacer de la historia (también de las mujeres). Sabemos que el debate feminista tuvo antecedentes tempranos en nuestro país. Sólo hay que recordar todo lo que entonces traducíamos y editábamos, aquellos textos iniciales, generales, fuertemente teóricos, que quizás no son los que hoy necesitamos. De lo que no cabe duda es de que seguimos necesitando textos y debate. Incluidos todos aquellos que hoy han puesto en duda nuestra disciplina y nuestra forma de hacer historia. La pregunta que cabría hacerse en el momento presente es si hemos sabido sustituir nuestras lecturas, si tenemos claras cuáles son nuestras pretensiones como historiadoras y si hemos elaborado suficientemente las estrategias profesionales de reconocimiento social y académico de nuestro trabajo.

Estas cuestiones, de fondo en unos casos y aparentemente formales en otros, han sido traídas para comentar las posiciones diferentes que la Historia de las Mujeres ocupa hoy en los países donde se practica y para reconocer las «estrategias» de las historiadoras respecto de la disciplina de la historia y de los colectivos de los historiadores a los que pertenecen. Si recordamos lo dicho hasta ahora sobre los caminos recorridos por la Historia de las Mujeres desde el primer impulso feminista, que permitió afirmar un objeto-sujeto de estudio y abrir un debate sobre las posibilidades y formas de hacerlo, podríamos ubicar, aunque sea de forma muy simple, las posiciones de la historiografía feminista. De modo muy simple señalaríamos y ubicaríamos una corriente italiana, que opta por la vida «vívida» de las mujeres; una francesa, vinculada a la historia de las diferencias de los sexos, y una, inicialmente americana y después internacional, basada en la historia del género.

La Historia de las Mujeres ha privilegiado los aspectos llamados «específicos», los ternas y las preguntas que permitían comprender la «diferencia» femenina. En sus versiones más interesantes ha abordado aspectos más explicativos y menos descriptivos sobre las estrategias femeninas, la acción de las mujeres y el poder y el conflicto que derivan de las relaciones entre los sexos⁵⁰.

La historiografía feminista francesa, por su parte, ha privilegiado el enfoque de las relaciones entre los sexos y de la intención de las diferencias sexuales. Michelle Perrot y A. Fargue resumen la explicación y la justificación de su elección en textos como éste:

*Histoire des femmes ou histoire des rapports entre les sexes? Faire le second choix - Le nôtre— n'est-ce pas abdiquer le féminin, abandonner les femmes elles-mêmes, leurs espaces, leurs groupes, leur parole, pour ne traiter en définitive, encore et toujours que des hommes et de leurs discours*⁵¹.

Los argumentos para «mezclar» los personajes, los sexos y las cosas no son conocidos:

*Ce choix se fonde sur l'hypothèse qu'il n'existe pas deux sexes séparés, comme le seraient deux espèces, mais un processus de différenciation sexuelle, aux frontières souvent floues, dont la saisie est au centre de notre travail*⁵².

En cuanto al recurrente problema de utilizar el discurso masculino y de hacerlo sin quedar atrapadas en sus textos, estas historiadoras advierten de la pobreza de una historia confiada de los relatos de los hombres sobre las mujeres y, por otra, les ha proporcionado otros métodos de análisis de los textos de hombres y de mujeres. Métodos menos confiados en la «realidad» de los textos y más críticos con las ideas de todos los tiempos, con los discursos enmascarados referidos a las mujeres. Desde esta apreciación, estas historiadoras precisan que adoptar el punto de vista de las relaciones de los sexos

⁵⁰ Sobre los desarrollos actuales de la historiografía feminista italiana puede verse el artículo de BUTTAFUOCO, Annarita, "Historia y memoria de sí: feminismo e investigación histórica en Italia", en COLAIZZI, G. (ed.), *Feminismo y teoría del discurso*, Madrid, 1990.

⁵¹ PERROT, M., y FARGUE, A., *op. cit.*, pp. 68-69.

⁵² FARGUE, A., y PERROT, M., "Débat", en *Femmes et Histoire. Actes du colloque de la Sorbonne*, noviembre de 1992, París, 1992, pp. 68-69.

no es hacer entrar el discurso masculino para darle carta de naturaleza, sino que, por el contrario, es abrir un camino fértil para «deconstruir las representaciones, el lenguaje, la propia mirada de los hombres»⁵³. Por otro lado, el hecho de privilegiar los discursos, masculinos o femeninos, como el lugar del análisis y la posición crítica adoptada ante las representaciones y las imágenes que los textos ofrecen sobre las mujeres, nos recuerda las posiciones adoptadas por las teóricas del género:

*A l'opposé d'une définition biologique ou naturaliste du masculin et du féminin, la majeure partie des auteurs de cette histoire optent pour une définition culturelle et historique. A la manière anglo-saxonne, ils distinguent sexe (biologique) et genre (culturel) et privilégient la quête de ce dernier, seule catégorie visible dans l'histoire, précisando que la construction du genre est issue de rapports de pouvoirs, à l'oeuvre jusque dans le déploiement des images et dans l'organisation symbolique de l'univers, la plus transcendant comme la plus familier*⁵⁴.

Las posiciones adoptadas por la historiografía feminista francesa han sido calificadas como «integradoras». Se ha dicho que responden a su posición de partida respecto a la igualdad o a la diferencia de los sexos. Ellas reivindicarían la igualdad con el otro sexo, mientras que las estrategias de trabajo dentro de la historia responderían a una concepción unitaria de la comunidad científica y de los paradigmas por ellas usados. Se ha hablado también, por último, del interés académico y profesional por trabajar conjuntamente con los historiadores. Todo ello es cierto, pero no es todo lo que hay de cierto en sus planteamientos «franceses» de la Historia de las Mujeres, en su interés por mantener estrechas relaciones con la historia y los historiadores, de mantener con ellos un intercambio igualitario, una posición semejante. En 1984, A. Fargue rechazaba una inclusión de segundo orden para los estudios de la mujer en el mundo académico:

certaines universités sont fières d'avoir leurs études féministes, un peu comme lorsque les églises avaient leurs pauvres; d'autres les acceptent au nom de la modernité et du bien-fundé des idéologies progressistes quoiqu'il en soit cette tolérance, qui est consentement et non incitation, aboutit assez rapidement à la constitution d'espaces réservés, de territoires clos bâtis isolément

⁵³ FARGUE, A. y PEHNOT, M. *op. cit.*, pp. 68-69.

⁵⁴ FARGUE, A., y PERROT, M., *op. cit.*, p. 69.

*sur fond de silence quasiment total de la part des collègues masculins... par silence, il faut entendre silence collectif*⁵⁵.

6. De la Historia de las Mujeres y de la historia

Para profundizar más en estas cuestiones y poder establecer comparaciones con lo que ocurre en los otros países, vamos a referirnos a un acto intelectual y a un hecho editorial, consecuencia ambos de la edición de los cinco volúmenes de la *Historia de Las Mujeres* a la que venimos haciendo referencia. Se trata, por lo que hace al primer aspecto enunciado, de un debate en la Sorbona, organizado por las directoras de los volúmenes de esta obra, para hacer una lectura crítica de la historia producida y continuar hablando de mujeres y de historia. El debate se planteó con una participación mixta y plural, femenina y masculina. Había representantes de las distintas corrientes de la historiografía feminista que, a su vez, mantenían posiciones propias, a menudo divergentes, en cuanto a los métodos y teorías vigentes actualmente entre los historiadores. De aquellos debates se deduce que la historiografía feminista ha sido sumamente ecléctica en el uso de métodos de trabajo y que ha estado fuertemente impregnada por los problemas de la historia y los debates de los historiadores, a pesar de haber mantenido las distancias críticas, en unos casos más que en otros, como es sabido, tal y como hemos venido refiriendo a lo largo de estas páginas. El modo en que se planificó y se realizó el encuentro de la Sorbona manifiesta la existencia de problemas comunes, de retos epistemológicos que implican a un sector amplio y dinámico de las ciencias sociales. Indican también el papel activo que la Historia de las Mujeres tiene en estos debates, lejos de los objetivos limitados que, a menudo, le suponen los desconocedores del tema y lejos también de las sumisiones metodológicas, de la integración a cualquier precio, como garante del reconocimiento académico, también atribuida a la Historia de las Mujeres, al menos por lo que pudo ser escuchado en París, se beneficia ahora de su condición internacional que le facilita la comunicación de lo que ocurre a uno y otro lado del Atlántico, a cuyo través se transmite la diversidad de sus planteamientos. Otra diversidad le es dada por sus posiciones de relación con los historiadores y con la historia que le imponen otro fren-

⁵⁵ FARGUE, A., *op. cit.*, p. 23.

te de problemas y de debates. Respecto a estos últimos, hay que señalar que las cuestiones más candentes le vienen ahora a la historia desde fuera, desde la teoría del conocimiento que ha puesto dudas sobre las condiciones de posibilidad de la historia, sobre la concepción del archivo y sobre la confianza depositada en los métodos habituales de las ciencias sociales y sobre el carácter narrativo de la escritura de la historia.

En París se pondría de manifiesto la relación de la Historia de la Mujer con los problemas epistemológicos de la historia, su intervención y sus posicionamientos. Tomaremos, como ejemplo de las interrelaciones y de las diferencias, la intervención en el coloquio de la historiadora feminista italiana afincada en Minnesota, Gianna Pomata, que abrió el debate en dos frentes: con los historiadores que se ocupan de la historia intelectual o cultural y con la historiografía feminista de corte americano. Pomata, tomando como referencia los cinco volúmenes de la *Historia de Las Mujeres*, que era el objeto del debate, señalaba el modo, a su parecer incorrecto, con que la mayoría de los trabajos procedían a plantear sus temas, indicando que:

On trouve d'un côté des essais sur la représentation de la femme (dans la littérature, l'iconographie, le discours médical, philosophique et scientifique) et de l'autre, des essais sur l'histoire sociale des femmes (famille, économie, démographie).

La pregunta que para ella no se hacen los trabajos allí criticados es si esta avalancha de discursos realizados sobre las mujeres ha tenido alguna vez consecuencias prácticas sobre su vida propia⁵⁶. Gianna Pomata en su respuesta va a plantear, en primer lugar, una crítica a la separación tradicional entre historia intelectual e historia social; en segundo lugar, una crítica a la historia de las ideas de corte clásico y, finalmente, una defensa de la nueva historia social en la que ella se ha formado. Como consecuencia, la Historia de la Mujer que ella defiende será una práctica historiográfica «integrada» de 10 que normalmente se produce hoy en la historia, dividida en compartimentos estancos (cultura, sociedad, etc.). La suya, por el contrario, pretende ser una historia a la búsqueda de las prácticas sociales, a la búsqueda de la relación entre 10 «pensado» y 10 «vivido», interesada,

⁵⁶ POMATA, G., «Histoire des femmes, histoire du genre», en *Femmes et histoire*, op. cit.

por tanto, en la apropiación subjetiva de las ideas, en los efectos del discurso, en las estrategias de la subjetividad, que, para evitar su definición *a priori* se ampara en la reconstrucción de las biografías femeninas. Una historia, en mi opinión, emparentada con esa historia «a ras de suelo» que, según Jacques Revel, practica un núcleo significativo de la historia social italiana⁵⁷.

El texto de Pomata permite ampliar los comentarios sobre la conexión de la Historia de las Mujeres con las corrientes historiográficas actuales. Su posición dentro de la historia social la hace ahora «disentir» de las orientaciones de aquellos colegas que privilegian los métodos de trabajo y de análisis provenientes de los ámbitos lingüísticos y que, abandonando el modo habitual de proceder con los archivos, transforman los objetivos de trabajo, desplazándolos hacia los textos y hacia la deconstrucción de los discursos. En Estados Unidos se ha dicho que éstas son posiciones defendidas desde el feminismo:

*On a présenté l'une des versions de cette histoire du genre comme une correction de l'empirisme naïf qui caractérisait, nous dit-on, l'histoire des femmes dans les années soixante-dix. Certaines universitaires sont même allées jusqu'à prétendre que l'histoire du genre allait supplanter l'histoire des femmes, puisque, d'un point de vue théorique, les femmes n'existent pas. Elles ne sont que la construction de discours convergents, philosophiques, religieux, médicaux, scientifiques, une construction que doit être déconstruite.*⁵⁸

Estos comentarios nos remiten a una polémica poco conocida en España, a unos planteamientos «americanos», escasamente influyentes en la historiografía europea, a lo que la crítica literaria feminista considera que es un «desafío» a los modos de proceder de la historia y de los historiadores, confiados éstos en sus métodos, en el análisis «realista» de sus fuentes, en la verdad de sus discursos y en la obje-

⁵⁷ REVEL, J., prefacio al libro de LEVI, Giovanni, *Le pouvoir au village*, París, 1985. La ponencia que Roger Chartier presentó en este coloquio entraba precisamente en este último aspecto, en el hecho de destacar el carácter cultural de la diferencia de los sexos, la violencia simbólica ejercida sobre los cuerpos sexuados y el papel que lo escrito y difundido por la imprenta pudo haber jugado en este proceso durante la modernidad. Es de destacar que Chartier tornaba en su ponencia los temas y las preguntas planteadas por la historiografía feminista francesa, que él conoce bien, y trataba de entrar en ellos usando de sus propios presupuestos historiográficos (véase *Femmes et histoire*, *op. cit.*, pp. 39-47).

⁵⁸ POMATA, C., *op. cit.*, p. 29.

tividad de sus relatos. Los debates epistemológicos planteados a las ciencias sociales desde las ciencias del lenguaje han influenciado, como ya se dijo, el modo de concebir la categoría del género y, en consecuencia, de trabajar su historia. La historiografía feminista americana, al menos una parte de la misma, ha desplazado su atención «de los hechos de las mujeres» a las «representaciones», a los «símbolos», a las «imágenes» que organizan lo real más que lo traducen. En el conocido artículo de Scott sobre género e historia se manifiestan ya sus posiciones cambiantes respecto de la práctica habitual de los historiadores sociales. ¿Qué deberían de hacer los historiadores?, se preguntaba, en 1984, al considerar que éstos estaban viendo despreciada su disciplina por algunos teóricos que la tachaban de ser una reliquia del pensamiento. ¿Renunciar al archivo?, ¿renunciar a pensar sobre el pasado? Obviamente, no. Su propuesta era más bien la de atender los retos y la de pensar de nuevo, como ella lo hace, en los métodos y en la forma de organizar el trabajo:

son los procesos lo que dedemos tener en cuenta continuamente. Debemos preguntarnos con mayor frecuencia cómo sucedieron las cosas para descubrir por qué sucedieron..., debemos perseguir no la «causalidad universal», sino la «explicación significativa»⁵⁹.

La historia del género debería intentar, así, explicar las prácticas y los contextos en los que se producen los significados de la diferencia sexual, a partir del análisis de los procesos discursivos del poder, que son los que organizan y legitiman las diferencias. Debería de dar respuesta a cómo sucedieron las cosas para las mujeres, cómo se constituyeron las identidades, en función de qué, para poder responder después a la cuestión de por qué sucedieron así las cosas y no de otro modo. Por lo que explicar a la mujer para ella no sería tanto conocer lo que hizo en el pasado, sino llegar a comprender el significado «de las actividades de los sexos a través de la interacción social concreta», lo que equivale a desplazar las preguntas, el interés de la Historia de la Mujer desde los hechos y las determinaciones materiales (temas que ella misma trabajaba en los años setenta) hacia el análisis del lenguaje y de la producción social de los significados⁶⁰. En un

⁵⁹ SCOTT, J., *op. cit.*, p.44.

⁶⁰ SCOTT, J., *op. cit.*, p. 49. Para un planteamiento más amplio de esta cuestión pueden verse, entre otras, las aportaciones de GEERTZ, Clifford, *La interpretación de*

artículo más reciente, también publicado en España, éste en 1994, Scott pone de manifiesto la radicalización de sus posturas por la influencia continua de las filosofías del lenguaje, de Foucault a Derrida, y la deconstrucción, que han continuado modificando sus posiciones intelectuales y su teoría feminista del género. Su planteamiento tiene el mérito, siempre en boca de Scott, de «representar la actividad humana reconociendo al mismo tiempo sus determinantes lingüísticos y culturales»⁶¹. La postura de Scott remite a la condición lingüística de las «identidades» y «realidades» sociales y a una noción abierta del lenguaje que

asume una multiplicidad de referencias, una resonancia más allá de las palabras literales, un juego por encima de temas y esferas... Una noción de lenguaje que comprende la cualidad resbaladiza de todo significado, sus posibilidades de reinterpretación, reformulación y anulación, que lleva implícita, además, una teoría de cambio⁶².

Si en el pasado, recuerda, por influencia de las ciencias sociales, el feminismo daba por supuesto la identidad y la experiencia de las mujeres, ahora el enfoque post-estructuralista relativiza la identidad y la despoja de su base en una «experiencia esencializada». Así, al problematizar los conceptos de identidad y experiencia se han ofrecido, en opinión de Scott, interpretaciones dinámicas del género que hacen hincapié en la controversia, la contradicción ideológica y las complejidades de las relaciones cambiantes de poder.

El empeño teórico de Scott y del feminismo americano descubre la doble cara de sus enemigos: los discursos que la «modernidad» ha construido sobre las mujeres y la incapacidad, en su opinión, de los métodos tradicionales para desvelar las «trampas» del lenguaje. A título de ejemplo se puede señalar su debate, éste conocido en España,

las culturas, Barcelona, 1992 (el original en inglés es de 1973). Igualmente, el libro de OAHNTON, Hobert, *Le grand massacre des chats: altitudes et croyances dans l'ancienne France*, París, 1984. Para un debate en profundidad y crítico con las posiciones de Geertz, puede verse LEVI, G.. «¿Qué es la microhistoria?», en *TaLler de Historia*, núm. 1, 1993. Una postura más ecléctica es la mantenida por Gabrielle Spiegel en el mismo número de la revista *TaLler de Historia*, en el que también se puede leer la «resistencia» de Stone a la influencia del giro lingüístico, su «vuelta hacia atrás» después de haber proclamado la «narratividad» de la historia.

⁶¹ SCOTT, «Historia de las mujeres», en BUHKE, *op. cit.*, p. 83.

⁶² SCOTT, J., «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera», en *Historia Social*, núm. 4, 1989, p. 97.

con el también americano Stedman Tones a propósito del «tratamiento» que la historia del movimiento obrero ha tenido con los asuntos del género. En opinión de Scott, Tones no consigue llevar a cabo la «revolución» conceptual por la que aboga en su introducción

porque no utiliza un método de análisis que demuestre cómo funciona el lenguaje en la construcción de la identidad social, de qué forma ideas como la de clase se convierten, a través del lenguaje, en realidades sociales. Porque trata el lenguaje como un instrumento para comunicar ideas más que como un sistema de significado y un proceso de significación⁶³.

Aquí, en este lado del Atlántico, las historiadoras francesas han hecho una lectura europea de los «desafíos» de la lingüística post-estructuralista. Michelle Perrot lo indicaba en el coloquio de la Sorbona: la investigación histórica en Francia parece menos «conmocionada», menos «influciada» por lo que podíamos llamar el giro semiótico o lingüístico par attention au langage considéré comme l'instance où tout se joue, sur ce point, la recherche française est très en deca de l'actuel debat américain⁶⁴. Lo anterior no implica que la Historia de las Mujeres, en Europa en general, debido a las influencias post-estructuralistas, no haya ido desplazando sus orientaciones y haya contribuido a la ruptura que se viene produciendo entre los historiadores (una parte de *AnnaLes*, por ejemplo) respecto de las categorías clásicas de la historia económica y social en provecho de los planteamientos de lo cultural y de lo político⁶⁵. Por otro lado, al desafío úl-

⁶³ SCOTT, J., «Sobre el lenguaje...», *op. cit.*, p. 88. El debate con los historiadores sociales, cuyos métodos Scott tilda de «convencionales», parece virulento. Estos, por su parte, han decretado sus guerras particulares a las posiciones de la historiografía feminista. Lawrence Stone, por ejemplo, ha escrito un «a modo de advertencia» sobre lo que no se debe de hacer en *Historia de las Mujeres*. y lo ha escrito en forma de diez mandamientos.

⁶⁴ La historiografía feminista francesa conoce ciertamente a sus colegas Foucault, Derrida o Lacan. Michelle Perrot y Arlette Fargue, por ejemplo, publicaron con el primero de ellos. Pero, en mi opinión, las historiadoras francesas han hecho su lectura y su asimilación particular de aquellas propuestas. Véase FARGUE, A., y FOUCAULT, M., *Les désordres des familles. Lettres de cachet des archives de la Bastille*, París, 1982. Igualmente, RANCIÈRE, Jacques, *Les noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, 1992.

⁶⁵ Actualmente, una parte de *Annales* mantiene contactos fluidos y debates con el nuevo historicismo americano. Hoger Chartier, por ejemplo, ha apreciado el valor de las propuestas americanas y ha elaborado reflexiones particulares a partir de su experiencia como historiador de la cultura, familiarizado con el análisis de los lenguajes

timo del feminismo americano, a la postura de Scott de afirmar el profundo carácter crítico de la historiografía feminista, Perrot ha manifestado sus dudas y se interroga sobre si la Historia de las Mujeres ha producido una «ruptura epistemológica» o más bien es una ambición aún no cumplida. Ella prefiere dudar y afirmar que estamos ahora comprobando las dificultades «de pensar de otro modo». Desde otra perspectiva, Michelle Perrot, al hablar de la recepción de la obra que ha dirigido, se preocupaba por los efectos que ésta podría producir en los lectores y lectoras del mundo y sobre los universitarios. Respecto de estos últimos se inquietaba temiendo lo peor, esto es, que bajo el elogio que se produce, debido al éxito de público que está teniendo la obra que ha dirigido, se fije una gran diferencia, una aceptación sin implicaciones intelectuales, lo que significaría que la Historia de las Mujeres no produciría ninguna alteración en los modos habituales de hacer historia. Salvo excepciones, matizaba. A las que yo añadiría las que ya se conocen en forma de textos escritos por los hombres «afectados» por el feminismo⁶⁶. En cuanto a las mujeres, es una historia que las afecta de otro modo porque sobre ellas hay una curiosidad y un deseo de saber más despierto, que produce una lectura interesada y quizás una mayor integración de los conocimientos que proporciona, y para las historiadoras feministas, hay una doble identificación con lo vivido y con lo escrito. También una decepción en la lectura de los textos, pues los problemas siguen existiendo entre los sexos, mientras que las páginas de los libros de esa historia escrita dan un relato que, a veces, parece contribuir a pacificar el conflicto.

Llegados a este punto deben de haberse hecho ya explícitas las «experiencias» y las «estrategias» de la historiografía feminista. Someramente explícitas. El relato podía haber sido más amplio (siempre podríamos contar más cosas e incluso relatarlas desde otros ángulos), pero quizás las imágenes dadas sean ya suficientemente acla-

de los textos. Véase su *El mundo como representación*, editado ya en España (Madrid, 1991).

⁶⁶ Se trata, además, de Duby, codirector de la colección, de Bourdieu, Chartier, Godelier, Rancière y Hosanvallon, que leyeron sus ponencias en el debate de París. Hancière ha prologado la obra de FRAISSE, *La raison des femmes* (París, 1993). Desde otros lugares y disciplinas también se hacen notar estas influencias. Este es el caso de LAQUEUR, Thomas, en su libro *Making sex: body and gender from the Greeks to Freud*, Harvard, 1992 (de próxima aparición en castellano en la colección Feminismos de la editorial Cátedra).

radoras de las trayectoria y de las diferencias de la Historia de las Mujeres: de la forma italiana, de temática más específica; de la historia de las diferencias de sexos francesa; del uso internacional de la categoría género; de las alianzas que se han venido practicando con las corrientes y métodos de la historia; de los alejamientos y acercamientos con los historiadores. Todas ellas son muestra de la realidad y la densidad de un proyecto intelectual que tiene sus versiones a uno y otro lado del Atlántico; que tiene sus particularidades y que tiene un desarrollo más tardío entre nosotros y en América Latina, y marcadamente incierto fuera de las regiones que nos son culturalmente más próximas, los países europeos y América. La escritura de su propia historia por las mujeres de otras razas y de otras culturas ¿está a punto de ser hecha, o, por el contrario, los acontecimientos políticos mantendrán aún en silencio a las mujeres que podrían hacerla? Lo que hoy ya sabemos es que la historia que se ha hecho pertenece a las mujeres y a la historia porque las mujeres están ya «añadidas» a la historia y además dan pie a que se escriba de nuevo. Creemos que con ella se cumplen formulaciones pasadas y deseos políticos. Se hace realidad lo que Virginia Woolf reclamaba hace años cuando trabajaba en la Biblioteca del Museo Británico y no encontraba a las mujeres por ninguna parte en aquellos libros, en aquellos relatos de historia para ella «irreal», «extraña» y «llena de fantasmas» por la falta de mujeres reales. Su propuesta de «añadir» a las mujeres a la historia escribiendo un suplemento decoroso que las contuviera es una ironía o una malicia que nos permite pensar, sin ingenuidad, que ella sabía que ese decoroso suplemento podía ser ¿inquietante? para la historia y a veces molesto para las posiciones afirmadas de la historiografía.